

¿Qué es «la iglesia»?

Un hombre de otro país y cultura, quiso venir a los Estados Unidos, con el fin de quedarse por algún tiempo. Una vez que hubo cumplido con la ardua tarea de aprender el idioma inglés, estimó que ya estaba preparado para hacer su viaje. Así que, hizo el viaje por el cual tanto esperó, y poco después de su arribo, su conocimiento del idioma inglés fue sometido a prueba. Entró en una pequeña tienda de víveres a comprar varios artículos. En el mostrador se le dijo cuánto debía pagar. Entonces sacó de su bolsillo la cantidad correcta de dinero, y se la entregó al dependiente. Puso sus víveres en una bolsa, y comenzó a salir. En el momento que atravesaba la puerta, el dependiente amablemente dijo: «¡Vuelva!». El visitante se detuvo, se volvió, y regresó al mostrador. El dependiente le dijo: «¿Le puedo ayudar en algo?». Ligeramente confundido, el hombre dijo: «¡Usted me dijo que volviera!».

El hombre había tomado una expresión que significaba: «Gracias por preferirnos; permítanos ayudarle en otra oportunidad pronto», y la había interpretado literalmente. Su error en la interpretación del mensaje que se

proponía transmitir el dependiente, resultó en una falla en la comunicación.

Todos hemos tenido una experiencia parecida. Conocíamos las palabras que se nos decían, pero no la manera como estaban siendo usadas por el hablante. Entendíamos las palabras, sin embargo, ignorábamos completamente el significado que se estaba tratando de transmitir.

Se mire por donde se mire, la comunicación es difícil. Es mucho lo que se requiere, tanto del que habla, como del que oye, para que la comunicación se realice.

Apliquemos el proceso de la comunicación al estudio de la Biblia. Para que haya una comunicación provechosa entre la Biblia y nosotros, debemos, no sólo, escuchar las palabras que se usaron, sino también, buscar el significado que el escritor inspirado tenía en mente cuando escogió tales palabras. Esto significa que debemos hacer un esfuerzo por entender el contexto en el que una palabra o frase aparecen. La sinceridad ante Dios exige que investiguemos cuidadosamente el significado que Dios le quiso dar a Su mensaje.

La palabra «iglesia» es una con la cual estamos familiarizados la mayoría de nosotros. Dios nos habla bastante sobre ella en las Escrituras. Para que pueda haber comunicación entre Dios y nosotros, respecto a tal palabra, debemos estar dispuestos a entrar en el mundo de la Biblia y examinar los significados de los vocablos, las ilustraciones, y los patrones de pensamiento que fueron usados por Jesús, los apóstoles y otros hombres inspirados que escribieron la Biblia por medio del Espíritu de Dios.

¿Qué es «la iglesia»? En vista de que el Nuevo Testamento usa esta palabra 114 veces,¹ en varios contextos,

¹ Ethelbert W. Bullinger, *A Critical Lexicon and Concordance to the English and Greek New Testament (Un léxico crítico y concordancia del Nuevo Testamento en inglés)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1975), 153.

en diecisiete de sus veintisiete libros,² es lógico preguntarse: ¿Qué es lo que se nos está tratando de comunicar? Cuando Jesús estableció la iglesia, ¿qué iglesia edificó?

UN CUERPO ESPIRITUAL

En primer lugar, debemos reconocer que la iglesia es un cuerpo espiritual, el mismo cuerpo espiritual de Cristo.

Una imagen que usualmente se nos forma al oír la palabra «iglesia», es la de un edificio material en el cual se lleva a cabo la adoración. Sin embargo, esta palabra jamás es usada en el Nuevo Testamento, para dar a entender tal significado.

En las Escrituras, la palabra «iglesia» denota el cuerpo de los que se han sometido al evangelio de Cristo, y que han sido redimidos por la sangre de Él, en el sentido de asamblea, de cuerpo local, y de cuerpo universal.

En primer lugar, el cuerpo de los redimidos, cuando están reunidos para adorar a Dios, es llamado «la iglesia». Cuando Pablo reprendió a la iglesia que estaba en Corinto, por su falta de unidad cuando se reunían, usó la palabra «iglesia» para referirse a la asamblea de los cristianos. Esto fue lo que dijo: «[...] cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; [...]» (1 Corintios 11.18).

En segundo lugar, la palabra «iglesia» es usada para referirse al cuerpo de los redimidos que se encuentran en un lugar definido. El cuerpo de los redimidos que estaban en Corinto, es llamado «la iglesia de Dios que está en Corinto» (1 Corintios 1.2a).

Aún más, la palabra «iglesia» se usa para referirse a la totalidad de los redimidos que se encuentran en todo el mundo. Pablo se refirió a la iglesia en el sentido universal cuando dijo: «Porque el marido es cabeza de la

² Ibíd. Marcos, Lucas, Juan, 2 Timoteo, Tito, 1 y 2 Pedro, 1 y 2 Juan, y Judas, no contienen la palabra «iglesia» en ellos.

mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador» (Efesios 5.23).

Apliquemos estos usos, que le da el Nuevo Testamento a la palabra «iglesia», a un evento específico que se menciona en Hechos. Los muchos residentes y visitantes que se encontraban en Jerusalén, el día de Pentecostés (Hechos 2.1–4), oyeron las manifestaciones externas del derramamiento del Espíritu Santo y se reunieron en torno a los apóstoles para ver lo que estaba ocurriendo. Cuando Pedro predicaba a la multitud, los convenció de que Jesús era ambas cosas, Señor y Cristo (Hechos 2.36). Compungidos de corazón, muchos clamaron: «¿Qué haremos?» (Hechos 2.37b). En vista de que fue la fe lo que motivó su clamor, no fue necesario que Pedro les dijera que debían creer, sin embargo, sí fue necesario que les dijera que debían hacer lo que todavía no habían hecho —que se arrepintieran y fueran bautizados para el perdón de sus pecados (Hechos 2.38). Fueron tres mil los que, con alegría, recibieron el camino de la salvación, se arrepintieron, y fueron bautizados para el perdón de pecados (Hechos 2.38, 41).

Observe cómo Lucas describió lo que ocurrió ese día. Primero describió a los convertidos en términos de aquello que *habían llegado a ser* (Hechos 2.41). Los que fueron obedientes a la palabra de Dios fueron hechos la iglesia del Señor. Llegaron a formar parte de una comunión, de un grupo. En segundo lugar, Lucas los describió en términos de su *nuevo comportamiento*. Tenían una nueva vida en lo referente a su comportamiento *hacia Dios* (Hechos 2.42). Las personas redimidas, que formaban este cuerpo, adoraban a Dios y los apóstoles les daban la instrucción divina. Tenían una nueva vida en lo referente a su comportamiento *unos para con otros* (Hechos 2.44–45). Se preocupaban los unos por los otros, llevando las cargas, compartiendo y cuidando —se llevaban las cargas unos a otros, compartían con los que

tenían necesidad, y cuidaban unos de otros. Este cuerpo de creyentes es mencionado más adelante en Hechos, como «la iglesia» (Hechos 5.11).

Cuando estos redimidos, que estaban en Jerusalén, se reunían para adorar a Dios, ellos constituían «la iglesia» (en el sentido de asamblea reunida). A todos los redimidos que estaban en Jerusalén se les podía referir como «la iglesia que estaba en Jerusalén» (en el sentido local). Cuando la iglesia creció y se esparció, a todas las personas redimidas del mundo de aquel tiempo, se podía decir de ellos lo siguiente: «Cuando Jesús venga nuevamente, Él va a recibir a Su iglesia (en el sentido universal) y va a llevársela para el cielo».

UN ORGANISMO VIVIENTE

En segundo lugar, necesitamos ver a la iglesia como un organismo viviente, un ser vivo.

Hay quienes toman el grupo de personas salvas, llamado «la iglesia», como una organización, como una especie de club. La miran como algo, a lo cual uno se une, o con lo cual uno se compromete, y nada más.

Al ser un cuerpo de personas redimidas, la iglesia es un organismo viviente, no una organización humana. La iglesia que Cristo estableció está viva y vibra con la vida y las bendiciones que Dios le da; no es un grupo hecho por el hombre cuyas energías les sean completamente canalizadas por la sabiduría, el diseño y las actividades humanas.

Pablo describió a la iglesia que estaba en Corinto como el templo, el santuario o la morada de Dios. Esto fue lo que dijo en 1 Corintios 3.16: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?».³

³ El idioma griego tiene dos palabras para referirse al «templo»: *naos* y *hieron*. La palabra que Pablo usa para referirse a «templo» en este pasaje, es *naos*, no *hieron*. *Naos* se refiere al templo propiamente, al santuario —no al complejo del templo, que es a lo que sí se refiere *hieron*. Pablo afirma que el cuerpo de Cristo es la morada de Dios.

Más adelante, en 1 Corintios 6.19–20, Pablo representó al cristiano individual como el templo de Dios, cuando condenó la fornicación como un pecado contra el cuerpo de una persona. Primera de Corintios 3.16 es una referencia a la iglesia, no al cristiano individual.⁴ Pablo estaba afirmando que Dios mora en medio de su pueblo. Él mora dentro de su pueblo, individual (1 Corintios 6.19–20) y colectivamente (1 Corintios 3.16). En los tiempos del Antiguo Testamento, el lugar donde moraba Dios era el tabernáculo que estaba en el desierto, y después lo hizo en el templo de Jerusalén; pero en la era cristiana, según Pablo, Dios mora en Su iglesia, en Su pueblo.

La iglesia se puede semejar a un edificio viviente. Cuando Pablo ilustraba aquello que los creyentes de Éfeso habían llegado a ser, les dijo que ellos constituían un edificio que estaba hecho de cristianos y que estaba en un estado de crecimiento continuo. Esto fue lo que Pablo dijo: «en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2.21–22). El edificio que él describió descansa sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, con Cristo mismo funcionando como la principal piedra del ángulo. El edificio en sí se compone de cristianos. No tiene tope, ni techo; aumenta en altura continuamente a medida que las personas obedecen el evangelio y son añadidas a él.

La iglesia, por lo tanto, no es una organización —es un organismo viviente, en el cual habita el Espíritu de Dios. Es un cuerpo de cristianos que están vivos con la vida de Dios y que forman un lugar en el que mora el

⁴ Note que en esta oración el pronombre implícito es «vosotros», igual que en el texto griego, lo que indica que es plural y no singular, es decir, se trata de un grupo de personas, no de un individuo, tal como en 1 Corintios 6.19–20.

Espíritu Santo. Bien podría decirse que la iglesia es la residencia terrenal de Dios.

UNA RELACIÓN ÍNTIMA

En tercer lugar, la iglesia debería verse como una relación íntima con Cristo.

Desde el punto de vista terrenal, sería fácil considerar el hacerse miembro de la iglesia, en términos de entrar en una relación especial con un grupo de personas, con las personas que componen la iglesia. Este punto de vista, no obstante, pasa por alto una significativa verdad. El ser miembro de la iglesia supone tener una relación vital, íntima y progresiva; sin embargo tal relación se centra en una relación íntima con *Jesús*.

Esta relación que la iglesia sostiene con Jesús está en realidad tan cercana a Él, que se le describe como la relación del cuerpo con la cabeza, en la que los cristianos conforman el cuerpo y Jesús es la cabeza. Dios ha hecho de la iglesia, el cuerpo espiritual de Cristo, la parte visible del Cristo invisible, sobre la tierra, hoy día. Así como el Señor, cuando estaba sobre la tierra, tenía necesidad de un cuerpo físico con el cual cumplir Su obra de redención, Él ahora tiene necesidad de un cuerpo espiritual en el cual, el fruto de Su obra redentora se pueda facilitar a todos, en todo lugar. De modo que, el día de Pentecostés, cincuenta días después de Su resurrección de entre los muertos, el Espíritu Santo descendió para formar la iglesia, aquel cuerpo espiritual de Cristo. Desde ese día hasta el de hoy, cada persona redimida es puesta, en el momento de su redención, por la maravillosa gracia de Dios, en ese cuerpo.

Así, la iglesia, en el Nuevo Testamento, es llamada comúnmente «el cuerpo de Cristo» por parte de los escritores inspirados (Efesios 1.21–23; 5.23). Los que obedecen al evangelio de Cristo llegan a ser, y funcionan literalmente como el cuerpo espiritual de Cristo sobre la

tierra, siendo dirigidos por la cabeza, que es Cristo mismo. Esto es algo tan cierto que cuando uno es bautizado, el Nuevo Testamento dice concretamente, que uno es bautizado «en Cristo» (Romanos 6.3; Gálatas 3.27), o «en un cuerpo» (1 Corintios 12.13).

La iglesia sostiene con Jesús la relación más cercana, en que persona alguna sobre esta tierra, pueda entrar. La iglesia es la plenitud de Cristo, pues Su cuerpo es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Efesios 1.23), y Cristo es la plenitud de la iglesia, pues Su pueblo está completo en Él (Colosenses 2.10). La iglesia, Su cuerpo, estaría incompleto sin Cristo, la cabeza (Efesios 1.22); del mismo modo, Cristo, la cabeza, estaría incompleto sin Su cuerpo, la iglesia (Colosenses 1.18). Todo lo que la cabeza de la iglesia es y tiene, es posesión de la iglesia, y todo lo que la iglesia es y tiene, debería ser posesión de Cristo, la cabeza de ella. Por lo tanto, como iglesia Suya que son, los cristianos experimentan una comunión diaria y continua, con Jesús. Los que están en Cristo, no solamente profesan el cristianismo; sino que también poseen a Cristo. La fuente de la plenitud de Cristo está abierta a los que están en Su cuerpo.

Cuando Pablo discutió el tema de la iglesia en Efesios 5, él usó, para comparar la relación de ésta con Cristo, la figura de la relación entre el esposo y la esposa, siendo la figura del esposo la que ilustra a Cristo y la de la esposa, a la iglesia. En primer lugar, se refirió a esta relación *en principio*. Cristo es la cabeza de la iglesia, así como el esposo es la cabeza de su esposa (Efesios 5.23). En segundo lugar, habló de esta relación *en práctica o en función*. Así como la esposa ha de estar sujeta a su esposo en todo, así también la iglesia ha de estarlo a Cristo. Ha de mirar a Jesús como su cabeza, su líder y su guía (Efesios 5.24). Por último, Pablo habló de esta relación *en propósito*. Así como un esposo ama a su esposa, Cristo ama a la iglesia, y está preparando a este cuerpo de

creyentes en Él, para que vivan con Él por la eternidad (Efesios 5.25–27).

La iglesia del Nuevo Testamento es, primordialmente, una relación con Cristo. No es, inicialmente, una relación con otras personas; sin embargo, el resultado inmediato es una relación con otros cristianos, con los demás miembros de la iglesia, así como los hijos de un mismo padre están relacionados unos con otros. Los miembros del cuerpo de Cristo, son miembros unos de otros, pero la iglesia es, en primer lugar y mayormente, el cuerpo de Cristo. Para ser miembro de la iglesia de Cristo debemos entrar en una relación con Cristo, una relación tan íntima y tan especial, que llegamos a ser parte de Él, de la misma forma que un cuerpo pertenece a su cabeza.

CONCLUSIÓN

Muchos se confunden con el verdadero significado de la palabra «iglesia». Tal confusión no tiene razón de ser, pues la Biblia es clara respecto al significado de esta palabra.

¿Qué es la iglesia? Es un cuerpo espiritual que se compone de los que han obedecido al evangelio de Cristo, han llegado a ser Su pueblo, y están adorando y trabajando como Su pueblo en una comunidad dada. Llevan Su nombre y constituyen Su cuerpo espiritual sobre la tierra. Honran a Cristo en todas las cosas. Este cuerpo espiritual es un organismo viviente, en el cual mora el Espíritu del Dios viviente. Ser parte de la iglesia es más que participación en una organización humana, es más que membresía en un grupo. Significa que se tiene una relación íntima y progresiva con Cristo.

Es mediante la fe que se entra en la iglesia, en el cuerpo de Cristo. Esta respuesta de fe conlleva el arrepentimiento (Hechos 17.30–31), la confesión de Jesús como Hijo de Dios (Romanos 10.10), y el bautismo en

Cristo (Romanos 6.3; Gálatas 3.27). En el momento del bautismo, los pecados de uno son lavados y, con su nuevo nacimiento completado, uno llega a ser parte del cuerpo de Cristo (Hechos 2.38, 41, 47; 22.16; 1 Corintios 12.13).

La iglesia neotestamentaria no es una secta. Las sectas son establecidas por los hombres; la iglesia del Nuevo Testamento es diseñada, creada, habitada, y sustentada por el Señor. Las sectas proceden de la tierra, del hombre; la iglesia del Nuevo Testamento viene del cielo, de Dios. La iglesia le pertenece a Cristo —lleva Su nombre, se reúne para adorarlo, lleva a cabo Su obra en el mundo, y es habitada por Su Espíritu. (Vea tabla intitulada «La iglesia neotestamentaria», en la página 82.)

Es Cristo quien les extiende la invitación a todos los seres humanos, a que entren en Su iglesia, cumpliendo los términos de salvación que Él establece (Apocalipsis 22.17), y a que vivan en el mundo siendo la iglesia de Él.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

(respuestas en la página 263)

1. ¿Cuán necesario es entender el sentido que el Espíritu Santo le da a una palabra, tal como la palabra «iglesia», en las Escrituras?
2. Comente sobre los diferentes sentidos que se le dan a la palabra «iglesia» en el Nuevo Testamento.
3. La iglesia es el templo de Dios. ¿Qué repercusiones tiene para la vida de los cristianos la anterior verdad? ¿Sugiere esta designación para la iglesia la manera como se espera que los cristianos vivan, trabajen y adoren?
4. ¿En qué sentido es la iglesia un edificio «viviente»?
5. ¿De qué maneras puede la relación entre un marido y su esposa ilustrar la relación de la iglesia con Cristo?
6. Describa claramente la manera como uno llega a formar parte de la iglesia de Cristo.
7. ¿En qué sentido es que la iglesia le pertenece especialmente a Cristo?